

LA FAMILIA

RECREO—MORALIDAD—INSTRUCCION.

Redaccion y Administracion, Valverde, 8, pral.



LOS VENDEDORES DE FRUTAS.

(Por Murillo:)

REVISTA DECENAL.

LO QUE PASA POR AHÍ.

Cambios de temperatura.—Otra verbena.—¡Fuego!!—Un ciego que no vé.—Uniforme de gala.—Un viaje en proyecto.—Un ruego del Abuelito.

El verano sigue de buen humor. Pasa los días y las noches jugando al escondite con los madrileños. Se levanta uno de la cama sudando el quilo, sale á la calle vestido de *dril* y con sombrero de *panamá*, y á los cuatro pasos tiene que volver aprisa y corriendo, estornudando sin cesar, á introducir el aterido cuerpo en el anchuroso gabán y la resfriada cabeza en el pesado sombrero de castor.

La atmósfera lleva sin duda parte en las ganancias de *La Funeraria*, á juzgar por la prisa que se dá en proporcionar la parroquia.

Entre todos los cambios, incluso los de Ministerio, no conozco ningunos más peligrosos que los cambios de temperatura.

Eso de recorrer todos los grados del termómetro en pocas horas es capaz de acabar con la naturaleza del caballo de la Plaza Mayor, que es la naturaleza más resistente que se conoce, menos cuando corren aires *federales*.

La verbena del patron de las Españas se ha verificado con la animación de costumbre en la calle que lleva su nombre.

Las verbenas son unas de las diversiones que más me gustan porque son españolas, porque son populares y sobre todo porque me proporcionan la ocasión de ver muchas niñas bonitas.

La juventud y el amor todo lo alegra, todo lo embellece; y el amor y la juventud se dan siempre cita en las verbenas.

No hace muchas noches desperté sobresaltado. Las campanas de la parroquia cercana daban al aire sus angustiosos y horribles sonidos de rebato. Cuando oigo tocar á fuego padezco terriblemente; veo las llamas devorándolo todo, invadiéndolo todo con infernal complacencia...; al contemplar á mis hijos dormidos me acuerdo con dolor de que quizás hay otros, dormidos también, próximo á perecer entre las llamas destructoras.... y me parece que todos los que corren al lugar del siniestro, por muy precipitadamente que marchen, van despacio y temo que lleguen tarde.

El incendio que me causó tal sobresalto no produjo felizmente desgracias personales, todo se limitó á que se incendiasen en la estación del Mediodía un gran número de latas de petróleo y unos cuantos géneros almacenados; sin embargo se afirma que las pérdidas ocasionadas á la Empresa con este fracaso ascienden á más de 60.000 duros.

En la anterior revista dábamos la noticia de haberse levantado una valla en los desmontes inmediatos á la cárcel de villa, para evitar desgracias, después de haberse estrellado varios individuos en las profundidades de aquella trampa criminal.

En otro país se hubiese ocurrido hacer otra caritativa verja al rededor de otros abismos no menos peligrosos á la planta del distraído ó precipitado transeunte. Nosotros lo hemos considerado un lujo inusitado de prevision.

Al pasar por la calle del Sauco por poco no

me caigo yo en el desmonte contiguo al Ministerio de la Guerra. Un amigo me sujetó oportunamente.

--Aquí debían poner algo: dije, ya repuesto del susto.

--Pero hombre, quién no lo vé? respondió mi amigo.

Al otro día quedó contestada la respuesta cayéndose un *ciego* que sufrió una gravísima contusión.

Estoy seguro que enseguida que ocurran otros cuantos sucesos parecidos se tomará alguna medida salvadora *con toda urgencia*.

Otra novedad de la decena ha sido el lujoso uniforme de la guardia real que llamó justamente la atención el día de Santa Cristina.

Hace pocas mañanas tuvo un hombre la ocurrencia, al llegar el tren del Norte, de hacer un viaje á la eternidad y.... se arrojó á la vía. No logró su objeto merced á unas buenas almas que le detuvieron oportunamente.

Termino estas líneas con un ruego al bello sexo. Hacen falta hilas para los pobres heridos. Anticipo las gracias en nombre de la caridad y de la religión.

Acordaros de que con un breve trabajo de vuestras lindas manos podeis evitar la muerte de muchos padres, de muchos hermanos, de muchos hijos. ¡Acudid presurosas á complacer este primer favor que os pide por el amor de Dios

EL ABUELITO.

LA ESCUELA DE INSTITUTRICES.

Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.

Querido amigo: No hace muchos días que departíamos amigablemente en la redacción de LA FAMILIA, celebrando la prosperidad de esta útil publicación, cuando uno de sus ilustrados redactores, pronunció el nombre de institutriz, con lo cual la conversación giró sobre el papel que la clase correspondiente, poco conocida en España, debe desempeñar en el seno de las familias.

Alguien sostuvo que tal importación extranjera era perjudicial, y que á la madre corresponde exclusivamente la educación moral é intelectual de sus tiernos hijos. Otro alegó la necesidad de la institutriz á falta de la madre, y alguno afirmó que aun con esta es necesaria en muchos casos la primera, puesto que la mayoría de las buenas esposas no tiene la suficiente instrucción para formar el primer tesoro de conocimientos del niño, si bien posee siempre el precioso don del cielo conferido á la maternidad para guiar el corazón de sus pequeñuelos.

Tercé entonces en el amistoso debate, é indiqué la organización de la escuela de institutrices españolas y la conveniencia de darla á conocer para que muchos padres no vayan á buscar á estas profesoras al extranjero, de donde vienen de todos calibres y sabiendo á veces poco más que su lengua nativa. Como consecuencia de esta conversación prometí indicar á los lectores de LA FAMILIA cómo está organizada la escuela citada.

y voy á cumplir mi compromiso, prescindiendo del papel á que están llamadas las institutrices nacionales y dejando á un lado el desarrollo á que se prestan las diversas opiniones al principio de esta carta consignadas. Solo diré que varias de las que han obtenido el título en nuestra Escuela, ocupan ya posiciones ventajosas en las tareas á que se han dedicado.

Hacia 1869 se formó, por la generosa iniciativa del finado D. Fernando de Castro, rector en aquel entonces de la Universidad madrileña, una *Asociación para la enseñanza de la mujer*, la que comenzó dando conferencias dominicales en el paraninfo universitario, encomendadas á las eminencias científicas y literarias de Madrid. Al año siguiente fundó dicha Asociación la Escuela de Institutrices, encargando las clases á profesores de la misma Universidad, ó á personas de reconocida ilustración.

Con las cuotas mensuales de los asociados, entre los cuales se hallan los mismos profesores, quienes léjos de recibir retribucion alguna contribuyen directamente á sostener la Asociación, vive esta, y el local donde se dan las lecciones es el de la Escuela superior de maestras, aprovechando las primeras horas de la noche en que las aulas no están concurridas por sus habituales alumnas.

Tú conoces, mi querido amigo, el celo y seriedad con que se ha trabajado en dicha Escuela por parte de sus profesores y alumnas. No me es lícito prodigar elogios á los primeros, porque, aunque el último de todos, formo parte de ellos; pero no debo economizarlos respecto de las segundas. Con qué religiosa atención siguen la explicaciones! con qué afán toman notas cuando no hay libro de texto! que emulacion en los repasos! cuanto estudio en las horas libres de clase! Holgárame yo de que los alumnos que concurren á nuestra Universidad tuvieran generalmente la aplicacion y celo que tienen las futuras institutrices de uno y otro año.

Claro es que no todas las que comienzan los cursos escolares los terminan: unas por su falta de vocacion, otras por sus muchos quehaceres, conocen que no las llama Dios por estos caminos; pero las que persisten, y casi todas no se contentan con asistir un solo año á cada asignatura, manifiestan el ardor y entusiasmo con que la mujer acomete siempre todo linaje de empresas, y especialmente las literarias.

Yo bien sé que la mayoría de las jóvenes no sirven para los estudios serios y variados que se profesan en esta Escuela, como la mayoría de los muchachos no saca fruto del estudio de las matemáticas, por ejemplo; pero hay muchas que, volviendo por los fueros de su sexo y con esa constancia y ardor que poseen siempre las gentes á quienes la mayoría desdeña en determinado sentido, realizan maravillas y obtienen fecundos resultados.

He visto en uno y otro curso alumnas que discurren con gran juicio, que estudian con fé y constancia, que recuerdan cuanto han oido á sus profesores, que disertan sobre puntos de alguna novedad, y que presentan resúmenes de las explicaciones del profesor, ó el desarrollo de temas, con gran discernimiento y hasta con erudicion copiosa.

A los exámenes de varios años han concurrido sábios en todas las esferas del conocimiento, y

unánimemente les he oido encomiar los resultados. Dichos exámenes no han sido á puerta cerrada y *pro fórmula*: al contrario, familias y público los presenciaban y al tribunal formado por los profesores se unian varios hombres científicos, que hacian preguntas á las aspirantes, quedando satisfechos generalmente del resultado.

Pero noto, amigo Salazar, que esta carta se vá haciendo demasiado larga y lo sería en exceso si aun te hablara de las asignaturas que se profesan en la escuela y por quienes, asi como de otros extremos, todo lo que formará el objeto de la segunda, si crees que esta merece insertarse en el periódico que tan dignamente diriges. Mientras la escribo, cuenta con la antigua amistad de tu afectísimo

G. VICUÑA.

RECUERDOS DEL MUNDO ANTIGUO.

II.

Los antiguos griegos y despues los romanos, idearon los siguientes dioses celestes:

El Cielo ó Urano.

El primero de los dioses fué el *Cielo*; se casó con *Vesta Prisca* ó la *Tierra*, y tuvieron muchos hijos, entre otros *Titan* y *Saturno*.

Los romanos que consagraron á *Vesta* como la diosa del fuego y de la pureza, la erigieron un templo de cuya custodia se encargaron las jóvenes llamadas *Vestales*. Estas sacerdotisas mantenian continuamente el fuego sagrado en el altar de la diosa, y todos los años se renovaba en el mes de Marzo con la luz del Sol. La menor falta que cometieran era castigada con rigor, hasta llegar á enterrarlas en vida. En cambio gozaban de gran prestigio y señalados honores; como el de perdonar al reo que iba al suplicio y se las encontraba en el camino; intervenían para apacignar las rencillas entre las personas notables por su categoría; se depositaban en sus manos los testamentos, como en un asilo inviolable y sagrado, y finalmente tenian derecho á sepultura dentro del recinto de la ciudad.

Se representa á la diosa *Vesta* teniendo en una mano una antorcha encendida y en la otra una copa. De la costumbre que tuvieron los antiguos de colocar á *Vesta* un altar en el ingreso de las casas, vino el llamar *Vestíbulo* á la pieza de entrada en los edificios.

Saturno y nacimiento de Júpiter, Neptuno y Pluton.

Titan, hijo mayor de la familia, tenia que ocupar el trono; pero á instancias de su madre cedió todos los derechos á su hermano *Saturno*, con la condicion de que á éste no le sucedieran en el poder los hijos varones. *Saturno* accedió á la demanda y se iba comiendo á sus hijos en cuanto nacia... (¡Vaya un bocado exquisito!) *Cibeles*, señora del feroz *Saturno*, tuvo dos hijos gemelos, *Júpiter* y la hermosa *Juno*: engañó á su gloton esposo, haciéndole tragar tres grandes pedruscos, en vez de á sus hijos *Júpiter*, *Neptuno* y *Pluton*.

Cautividad y destierro de Saturno.

Cibeles no pudo engañar tan fácilmente á su señor cuñado *Titan*. Supo éste que *Saturno* tenía otros hijos en la isla de *Creta*, y lleno de furor le declaró la guerra, le venció y le redujo á estrecha prision.—*Saturno* conspiró, y su hijo *Júpiter* le libertó y colocó en el trono. Mas no gustándole mucho á *Saturno* el valor y ambición de su libertador, le tendió ingratos lazos, que deshizo *Júpiter* despidiendo á su vez del Cielo á su inconsecuente padre. ¡Bonito ejemplo!

Saturno, cari-acontecido, se marchó á comer el no amargo pan de la emigración á *Italia*, en el palacio de *Jano*, rey del *Latium*, quien dividió cariñosamente con él su realeza. En esta época se conoció la renombrada edad de oro.—A propósito de esto, diremos que los antiguos supusieron cuatro edades distintas en las costumbres de los primitivos tiempos.

La primera edad llamada de oro, fué la que siguió á la formación del hombre, principiando con el reinado de *Saturno*; en aquellos felices tiempos los hombres vivían en la inocencia más completa, la tierra producía todo sin cultivo; y los ríos de leche, miel....(y tal vez de castañas)..... corrían juguetones por todas partes. ¡Que estómagos tan dulces serían los de aquellos golosos varones!

La edad de plata es aquella en la que *Saturno* enseñó el arte de cultivar la tierra, que no quería ya producir espontáneamente, porque los hombres se hacían descontentadizos y se iban picardeando: así tuvieron luego que sufrir las vicisitudes de las estaciones, y las industrias ó artes manuales fueron necesarias.

La Edad de cobre principió cuando terminaba el reinado de *Saturno*. Entonces la injusticia y los vicios levantaron la cabeza, sin que todavía su perversidad se declarase con la audacia de la época siguiente. En la Edad de cobre se fijaron las leyes de la propiedad, y el hombre se dedicó á descubrir y recorrer otras comarcas.

La Edad de hierro llegó á marcar el desbordamiento de todos los crímenes. La tierra cerró sus fecundos senos para que se descubrieran á fuerza de trabajo, porque los hombres solo se dedicaron á engañarse y destrozarse unos á otros. (Algo, y aun algo, parecido sucede también en los venturosos tiempos modernos.)

Atributos de Saturno—Se le representa en la figura de un viejo, para marcar la duración del tiempo de quien es emblema. Tiene alas, á causa de la rapidez con que pasa. Lleva una guadaña, porque el tiempo lo siega todo. A sus pies se vé un reloj de arena y alguna vez un remo grande, para designar los cambios del tiempo y sus vicisitudes. Se le pone en la mano una serpiente que se muerde la cola, emblema de la eternidad, porque como la circunferencia del círculo, la eternidad no tiene principio ni fin.

Atributos de Jano.—Cuando murió este rey, amigo de *Saturno*, se le consideró como un dios, representándosele con una vara, por presidir á los caminos públicos, y una llave porque inventó las puertas. Se le pintaba con dos caras, porque hizo acuñar monedas con dos efigies. ¡Ah pícaro, así pondría un semblante al buen tiempo y otro al adverso!

Numa Pompilio, segundo rey de *Roma*, levantó

á *Jano* un templo célebre, que cuando se abría significaba que *Roma* estaba en guerra; y si permanecía cerrado, significaba la paz reinando en todo el imperio.

La diosa Cibeles y sus atributos.

Hija del Cielo y de *Vesta*, se la representa sentada, porque los antiguos creían que la tierra, (cuyo emblema es *Cibeles*) era inmóvil. Se coloca á sus pies un tambor ó disco para simbolizar los vientos que se creía estaban encerrados en la tierra. Lleva sobre la cabeza una corona mural ó almenada, para figurar las ciudades del mundo. Su ropaje está salpicado de flores que embellecen la tierra. *Cibeles* posee también unas llaves para indicar que durante el invierno contiene en su seno las semillas de todos los frutos. También se la representa como en la bellísima fuente que tenemos los madrileños en el principio del paseo de Recoletos, viéndose á la *Cibeles* sentada con magestuoso continente en una hermosa carroza tirada por dos arrogantes leones, simbolizando que todo lo que respira le está sometido. La carroza indica la tierra movida en los aires por su propio peso, está sostenida por ruedas porque representa su movimiento circular.

Esta notable obra de arte, así como las otras dos fuentes de *Apolo* y *Neptuno* del Salon del Prado, se deben al génio del célebre arquitecto Don Ventura Rodríguez, que á fines del siglo pasado dejó por toda España templos y edificios de relevante mérito.

Dispensen los amables é indulgentes lectores de LA FAMILIA, que en alas del entusiasmo por lo que es bueno y bello, dé un salto fenomenal de vez en cuando de lo antiguo á lo moderno, pues mi objeto es que se enteren todos é instruyan fácilmente en el conocimiento de estas antigüedades, de que muchos hablan ó ven emblemas alegóricos, sin adivinar ó comprender el significado. Estos articulitos, sin pretensiones, están inspirados por la modesta musa que guiará siempre en sus escritos á vuestro amigo

MICHAELUS.

SINE-FIDE.

CUENTO FANTÁSTICO.

(Continuación.)

CAPITULO IV.

De cómo D. Francisco alcanzó la curación de la enferma.

En los días siguientes el protagonista de esta verdadera historia visitó la ciudad, que era triste, súa y fea sobre todo encarecimiento. Le chocó mucho no ver ninguna tienda en ella; pero no tuvo necesidad de que le explicasen la causa, que comprendió enseguida, tomando en cuenta que no podía haber compradores donde era natural imaginar que el mercader había de llevar el alma en las uñas. Quiso que D. Pablo le llevase á las casas de sus amigos; pero en la ciudad no había quien los tuviera por miedo de que les levantarán préstamos y falsos testimonios. Tampoco pudo conseguir que saliesen á pasear á caballo, porque

no fiando nadie en ellos para montarlos no había quien los domara. Como viera que los ratones andaban paseándose tranquilamente por las calles preguntó si no había gatos en la isla, y le contestaron que los habían extinguido antes de que se cerrasen los figones y las hosterías á fin de que no pasaran nunca por liebres.

Quiso hacerse un vestido y preguntando por un sastre le dijeron que se habían muerto todos de hambre; porque cuando se acabó la fé en la ciudad temieron sus parroquianos que les habían de clavar las agujas en el corazón, y nunca más dejaron que les desnudaran de la hacienda á trueque de vestirles el cuerpo. Ibanle molestando las barbas y trató de buscar quien se las rapara, lo que fué causa de escándalo para cuantos le oyeran, por ser allí la rasura castigo mayor que el de galeras, y tan temido que á muchos costó la vida no más que el verse la navaja al cuello.

Estas observaciones le causaron tanto disgusto, que acabó por no salir de la casa, donde tenía tan generosa posada que nunca la supo encarecer bastante, y como cada día estaba más enamorado de Elena, que así se llamaba la hermana de D. Pablo, no echaba nada de ménos en aquel cielo de su retiro. La hermosa enferma advirtió la pasión del huésped antes que éste se decidiera á declarársela, lo que hizo con todo estudio, imaginando con razón, que si en las palabras se adelantaba corría grave riesgo de no ser creído jamás. Con este desusado sentimiento entró en la casa, y en el alma de Elena, una nueva vida que muy luego fué comunicándola frescura y lozanía, como á la flor, que se marehita por falta de aire, y de luz, el regalado soplo del céfiro que la mece sobre su tallo, y el amoroso abrigo del sol de medio día.

La pobre enferma lo estaba de sed de creencias, de esperanzas y de afectos, y el caballero español la mostraba como la mano de Dios había escrito con estrellas sus maravillas en el firmamento, y como su claro y transparente azul era ménos puro que la Virgen de Nazaret. Oíale don Pablo con extrañeza, pero sin desagrado, viendo como aquellas palabras, que dulcemente llenaban el corazón iban curando el de su hermana tan de prisa, que en pocas semanas nadie la hubiera llegado á conocer. Poco práctico en el conocimiento de los afectos, no leyó en los ojos de los enamorados, ni se apercebíó de que lo estaban hasta que tanto hubo crecido en ellos la pasión que no podían vivir sin declarar á todo el mundo lo que ya ellos se habían dicho muchas veces, y así un día tomándole de la mano D. Francisco le dijo que le perdonase si antes le había encubierto con disimulo su amor hácia su hermana; pero fiando en que la tenía demasiado cariño para dejar de quererla ver dichosa, le advertía que ninguno de los dos podrían serlo, sino concertando enseguida su casamiento. Quedó D. Pablo aturdido con la nueva, y estuvo muchos días sin creerla hasta que sus observaciones le certificaron la verdad, y sucedió lo que verás en el siguiente

CAPITULO V.

En donde se ve el alboroto que el suceso de estos amores produjo en Sinefide.

Una vez que el sinefideino se persuadió de que su hermana no sería dichosa si no se llevaba á

efecto aquel casamiento, se empezó á congojar mucho, porque no imaginaba como pudiera llevarse á cabo en un país donde no estaba el matrimonio sancionado. D. Francisco se rió de buena gana de su preocupacion, si el afecto entrañable que le tenía se lo hubiera permitido; porque como enamorado y mozo, lo veía todo llano, y así le aseguraba que no había nada más fácil que tomar una barca y salirse de la isla, porque á donde quiera que el viento les llevase habían de hallar clérigos que bendijeran su union, que era lo único que se necesitaba para que hubiera matrimonio, todo lo cual podría emprenderse bajo su fé de caballero, y juramento que hacia delante de Dios, de tomar á su hermana por esposa. Dando vueltas y más vueltas á su magin llegó D. Pablo á pensar, que puesto que D. Francisco era extranjero, no debían rezar con él las leyes de Sinefide, y siendo aquel caso nuevo y no previsto, no había razón de considerarle comprendido en la ley comun, que en todo caso podría el Rey dispensar. Luego que se afirmó en este raciocinio se decidió á traducirle en obra, y poniendo manos á ella se fué á palacio en derechura y espuso el suceso demandando en él remedio.

Oyéronle con la indiferencia propia de quien no cree lo que se le dice; pero como se las habían con un hombre práctico en las cosas de Sinefide, les dijo que sin dar crédito á sus palabras pensarán en el problema que les proponía, y que luego quedaba á su cargo patentizar la verdad. No fué menester otra cosa para que uno de los circunstantes, que por cierto era un hombrecillo un poco cargado de espaldas, y feo como él solo por añadidura, comenzase á desmandarse con el rostro lleno de color, y los ojos de fuego diciéndo que aquello no podía ser, y que si tal sucediese él propondría que se negase la demanda, y por añadidura que se tirase al extranjero al mar de cabeza para que nunca más volviese á inquietar la pacífica isla de Sinefide. No había concluido de hablar, cuando otro le apostrofó con mucha saña diciéndole: ¡Ah señor corcobado, cómo se conoce que teneis el alma en las espaldas á donde echándolo todo se os hace tanto peso! Ya sé yo de donde os viene tanto coraje en este asunto, y es porque hace tiempo que os andais curando de la turbacion que os produce el pensamiento que habeis puesto en esa honrada niña, y esto lo creo por lo mismo que lo negais, así como tambien creo el extraño suceso de esas bodas, por lo mismo que decís no ser posible: por lo que yo aconsejaría al Rey que decretase el oportuno ceremonial para ellas y entrara en él ahorcaros muy bonitamente para quitar de Sinefide tan grande fealdad y de ese casamiento tan feroz enemigo. Oir esto y venir el corcobado hácia su adversario hecho un veneno fué una misma cosa, y como éste no era manco ni cobarde, se dieron tan buena cachetina, que si no los separan presto, ó el hombrecillo sale derecho, ó corcobado su competidor; porque hacia mucho tiempo que tenían muchas ganas de hacer esta prueba. por causa de cierto destino que servian alternativamente, segun andaban las cosas de palacio. No paró aquí la gresca, sino que luego que los amigos de uno y otro tuvieron conocimiento del caso lo tomaron tan á pechos, que dominados por el espíritu de bandería comenzaron á denostarse y pasando de las palabras á las obras vinieron á las manos, armándose gran tu-

multo en la ciudad. Era evidente que al principio ninguno de los dos bandos creía en aquellos amores, que desde luego tomaron como fábula y pretesto urdido de antemano para sacar de sus casillas al hombre de la corcoba; pero á medida que lo fueron haciendo cuestión de amor propio y cosa más que ajena, les pareció á muchos que no había cosa más cierta en la redondez de la tierra; porque ya no era caso de dar crédito á otro, sino á sí mismo. Debe decirse en honor de la verdad que muchos de los que se pusieron de parte de los enamorados seguían el camino trillado de la incredulidad; pero aun estos pedían á gritos que se les obligase á casar porque así lo pedía el sosiego público. A todo esto D. Francisco que había salido con D. Pablo, como lo hacía siempre, para darle muestras de delicadeza y veneración al recato de su hermana, se paseaba por los alrededores de la ciudad, cuando llegaron á sus oídos las voces de los que gritaban, y el rumor de los que despiadadamente se estaban acuchillando, y sin poderse contener se dirigió hacia la casa donde suponía que Elena y su hermano pudieran necesitar de su socorro. Cerca estaba de la puerta cuando oyó que los amotinados gritaban los unos ¡viva el español! ¡vivan los novios! y otros contestaban ¡muera! lo que no pudo menos de llenarle de confusión; pero apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre tan extraño caso, cuando vió á D. Pablo que venía huyendo de un considerable grupo de Sinefideinos, por lo que se puso valerosamente á su lado, y deteniendo su fuga el caballero hicieron prodigios de valor, animados por la presencia de Elena, que desde la ventana pedía socorro para ellos, anegada en amarguísimo llanto.

Allí hubiera visto el trágico fin de su prometido y de su hermano, porque eran muchos los que cerraban contra ellos, á no ser por una bandada de alguaciles que cayó sobre todos de improviso, mandándoles detenerse y haciéndoles saber como el Rey había providenciado que fuera á su Real presencia el extranjero, y que luego que con él hubiese conferenciado declararían lo más conducente al sosiego público y bien comun. Tranquizaronse todos con esta medida, y D. Francisco entró en la casa seguido de D. Pablo á prepararse convenientemente para la régia entrevista, no sin que los alguaciles dejaran de cercar las avenidas, desconfiando de la puntualidad y buen deseo de D. Francisco, só pretesto de que le querían hacer honor y compañía.

(Se continuará.)

LA MENTIRA Á LAS PUERTAS DE LO ETERNO.

«La muerte es la verdad» una voz fuerte
Oí venciendo el terrenal murmullo,
Y también en el templo de la muerte
Hallé miseria, vanidad y orgullo.

Alzan su frente á la región serena
Tumbas que el oro alzó, mas no la gloria,
Sobre losas que ocultas en la arena
Guardan de una existencia la memoria.
La soberbia al hallar gigante abrigo

Clama sobre las bóvedas macizas
«Allí están las cenizas del mendigo
»Aquí del poderoso las cenizas
»¡Nunca! nunca igualdad! rencor profundo!
»La muerte mis altares no derrumba;
»Le alzé sobre vosotros en el mundo,
»¡Sobre las vuestras alzaré su tumba!»

Pompas, estatuas de orgullosos nombres,
Aromas, cantos, luz, carros triunfales...
Aparato mentido de los hombres,
No pases de la muerte los umbrales.
No turbes nunca su misterio santo:
En el recinto fúnebre te miran
Ojos velados de dolor y llanto
Y, si acaso te ven, nunca te admiran.

Si teneis religion, la fé triunfante
Vé en cada ser la misma criatura,
Si vanidad, miseria más gigante
Vais á hacer con tan grande sepultura.
¿Quereis nombre inmortal? corred ansiosos,
Dad á los hombres entusiasta ejemplo,
Sed sábios, héroes, hombres virtuosos....
Y altar el mundo os alzaré en su templo.

En un muro de frágil existencia
Tu nombre, tu recuerdo, nunca escudes,
En el fondo eternal de la conciencia
Levanta monumentos de virtudes.
Haz siempre el bien y con eterna calma
Resonará tu nombre en los espacios,
Que no extingue recuerdos en el alma
El huracan que arrastra los palacios.

Yerto cadáver al ser yó mañana
La tierra guarde mi materia fria,
Y que solo una cruz pobre y cristiana
Recuerde al mundo la memoria mia.
Si de mi cuerpo vil mansion postrera
Mi alma rico sepulcro contemplara,
A quien lo levantó compadeciera
¡Y mi ser de su ser se avergonzara!

CASTILLO Y SORIANO.

LA FELICIDAD.

FABULA.

—¿Quién mas feliz que yo? preguntó Creso á Solon, enseñándole orgulloso sus riquezas y joyas, mis caprichos leyes son en la Lidia, y los tesoros de que dispongo, nadie ha conseguido no ya exceder, ni aun igualar tan solo. Florecientes comarcas me respetan y hago que arrastren mi carroza de oro miles de esclavos, temerosos siempre de que mande azotarles en el rostro. Caprichos y pasiones inventando agoté de la vida los antojos.
¿Quién mas feliz que yo? ¿Tu patria cuenta ¡oh Solon! algun hijo tan dichoso?
—Poderoso monarca, Solon dice, Telo, un humilde griego, pudo solo oponer su ventura á tu ventura: no tuvo ciertamente tus tesoros,

pero mejores los logró en sus hijos,
amantes para Telo y respetuosos.
Exento vivió siempre de cuidados;
hizo bien, en limosnas fué hasta pródigo
y murió por la pátria en el combate,
fin para el hombre honrado el más glorioso:
*Y es ¡Oh Rey! que la dicha en esta vida
no es de los soberanos patrimonio:
tal vez con una lágrima se adquiere
y no bastan para ello montes de oro.*

M. OSSORIO Y BERNARD.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

HIGROMETRÍA.

HABREIS observado en los escaparates de las tiendas de los ópticos unos frailecitos de cartón con la capucha movable, unas veces calada hasta los ojos, y otras dejando del todo descubierta la cogulla, y si la curiosidad os ha llevado á preguntar por qué sin que nadie intervenga se cubre ó descubre su cabeza, os habrán respondido, que cuando el tiempo amenaza lluvia cubre la cabeza del fraile la capucha, y cuando el tiempo está sereno cae por sí sola hacia atrás, lo cual ciertamente enseña el *cuando* mas no el *porqué*, que es lo que trato de explicaros ligeramente en cuatro líneas.

El pequeño juguete en cuestión es un aparatito físico que recibe el nombre de *higrómetro* (medidor de agua ó de humedad) y la razon de que se le dé forma tan caprichosa no es otra que la de que tenga más fácil venta.

Existe siempre en la atmósfera agua en vapor (*humedad* como vulgarmente se dice) que la hace más ó menos seca ó húmeda, pero la cantidad de esta agua en vapor no es siempre la misma, sino que guarda relacion con la temperatura. Cuando esta aumenta, la evaporacion de los depósitos grandes ó pequeños de agua es mayor y la atmósfera se carga de vapores; cuando la temperatura descende, se enfrian estos vapores, se convierten de nuevo en agua, y la cantidad de aquella que resta en la atmósfera es menor. En verano, por ejemplo, al descender por las noches la temperatura, parte de los vapores de la atmósfera, al liquidarse, se depositan en pequeñas gotitas (*perlas* las llaman los poetas, que en todo ven riquezas, sin duda por no poseerlas, como el hambriento con pan sueña y perdónenme muchos de mis amigos que *pobreza no es deshonra*), se depositan en pequeñas gotitas, digo, los vapores, sobre los objetos que hay al descubierto, y hé aquí de paso explicado lo que constituye el *rocío*, *relente* ó *sereno*, gotitas que helándose reciben el nombre de *escarcha*, *rosada* ó *helada*.

Hay cuerpos, por lo regular fibrosos, que tienen la propiedad de absorber el agua en vapor de la atmósfera, y estos cuerpos se llaman *higrométricos*, con la particularidad de que al absorber el agua aumentan las fibras ó hilos de que están compuestos en grueso, pero á costa de su longitud, es decir que *encogen*, y ved aquí esplicada la razon de porqué hay telas que encogen á la primera *mojadura*, con gran desesperacion de las

amas de casa, que no tuvieron la precaucion de hacer la prueba con un pequeño *retal*, antes de comprarlas ó cortarlas.

Existe, por otro lado, una relacion entre la temperatura de la atmósfera y el agua en vapor que puede contener. Cuando el aire contiene toda la que corresponde á su temperatura, se dice que está *saturado* de humedad y ya no puede contener más.

Ahora bien, si á la punta de un hilo ó cabello atais un ligero pesito y lo introducís en una atmósfera completamente seca, el hilo alargará todo lo que á su elasticidad corresponda. Unid este hilo á una escala y marcad *cero* en la escala al lado del pesito; introducid luego el mismo aparato en otra atmósfera cargada de vapores á saturacion: el hilo encogerá por absorber el agua; escribid en la escala 100 al lado del pesito, dividid en intervalos iguales una recta que una el 0 con el 100 y tendreis construido el *higrómetro* más sencillo que os indicará el grado de humedad que en la atmósfera exista.

Otros *higrómetros* hay más complicados, y aun añadiré que más exactos, pero su conocimiento solo á los físicos interesa, y en cuanto al de que primero os hablé como sirviendo de introduccion á este articulo, su secreto consiste en que á la punta de la capucha del fraile vá unida la extremidad de un delgado cabello, sujeto por su otra extremidad á un punto fijo, y segun la atmósfera está más ó menos cargada de vapores, el cabello los absorbe en igual proporcion, y encogiéndose ó estirándose hace que aparezca cubierta ó descubierta la cabeza de la figura.

No creais, apreciables lectoras, que esta propiedad de los cuerpos higrométricos deba ser solo conocida por los que al estudio se dedican, pues todos los dias enjugais vuestras blancas manos y vuestro bellissimo y agraciado rostro y aun torneado cuello (que de toda suerte de perfecciones me figuro estareis dotadas, haciendo aplicacion al caso de aquel principio que enseñan en las cátedras de leyes, de que á todo hombre se debe considerar como honrado mientras no se pruebe lo contrario, y yo á vosotras lindas, hermosas, ó graciosas os considero mientras lo contrario no me probeis) enjugando digo (y vaya hoy por los paréntesis) vuestro finísimo cutis con no tan fina tohalla, precisamente conseguís enjugarlo por embeber ó absorber su tejido el agua.

Y tambien tal vez algun dia vuestra *maritornes* se habrá escusado de colgar al balcon la ropa lavada por estar nublado, pero si corria viento le habreis dicho que no dejara de hacerlo por secar tambien el viento. En efecto, cuando el sol no dá en la ropa, para que pueda su calor directo evaporar el agua en que está empapada, tarda aquella en secarse, porque aunque la capa de aire que rodea á las *piezas* absorba alguna humedad cuando llegue de ella á *saturarse* ya no puede absorber más, pero si el viento corre y las capas de aire se renuevan sin cesar, á la *saturada* sucede otra sin *saturar* que absorbe el agua, y á estas otra y otras, secándose por lo tanto más pronto la ropa cuanto más se agita el aire á su alrededor.

Fundadas en este principio existen en el extranjero máquinas para secar ropa en breve tiempo sin la influencia del sol, y su mecanismo consiste en ruedas que agitan con rapidez el aire, y tambien nosotros los que escribimos,

cuando concluimos una carilla del papel y no tenemos á mano polvos de salvadera ó papel secante, á fin de que no se borren las últimas líneas aun frescas al volver la hoja, para que cuanto ántes se seque, solemos agitar el papel, como yo me dispongo á hacer en este momento.

L. RAMIREZ Y LA GUARDIA.

NUESTRAS FOTOGRAFÍAS.

LOS VENDEDORES DE FRUTA (MURILLO).

La preciosa pintura original de la fotografía que aparece en el presente número se encuentra en el célebre Museo de Munich y es una de las obras notables del insigne pintor español Murillo. Parece debía suponerse que el talento de aquel génio, honra del arte nacional, tuviera suficiente trabajo con dedicarse á pintar para las iglesias y monasterios donde tan solicitadas eran sus obras, pero, no pudiendo limitar el vuelo de su inspiración á las citadas producciones, hizo cuadros de tipos entre los cuales se cuenta el de *Los Fruteros*, tan elogiado por todos los artistas del mundo que han tenido el placer de admirar sus infinitas bellezas.

MISCELÁNEA

Los gatos de Madrid.—No debe considerarse como denigrante, sino altamente honroso, el calificativo de *gatos* que se dá á los hijos de la coronada villa si atendemos á su origen.

Habiendo llegado tarde las huestes de Segovia al sitio que puso á Madrid el Rey de Castilla Fernando I, éste enojado les dijo, que fuesen á tomar alojamiento en la villa, pues en su campo ya no cabían. Resentidos de aquel recibimiento plantaron sus tiendas delante de todo el ejército, y cuando llegó el momento del asalto fueron los primeros que entraron en la plaza, escalando sus muros con tan singular destreza, que desde entonces les llamaron *gatos*.

Habiendo concedido á los conquistadores establecerse en la plaza ganada á la morisma, cúpoles á los Segovianos una buena parte de ella, y de aquí que el nombre de *gatos* se trasmitiese á sus descendientes y despues á cuantos ven la luz en esta Corte, los que á pesar de su glorioso origen, ignoran en su mayoría, por que les dan ese calificativo.

Con que ya lo sabeis, *gatitas* madrileñas, en vez de enfadaros cuando así os llamen, debeis contestar:—Y á mucha honra!

*
* *

«Traeme un *polisson* corriendo»
oyó la sirvienta Rita,
y apurada trajo un
polizonte de la esquina.

*
* *

Durante una de sus campañas, Napoleon entró súbitamente en una tienda donde varios soldados tenían el café puesto á la lumbre.

—«Qué es esto, dijo el célebre caudillo, ¿no sabeis que he prohibido el uso del café?»

—Señor, pues por eso lo quemamos, contestó uno de los circunstantes.

*
* *

Gemia la Saboya bajo el peso de los impuestos. Un hombre del campo, aprovechando una ocasión oportuna, se acercó un día al rey y tuvo el valor de decirle:—«Señor, veo en vuestro reino la Pasión de Jesucristo vuelta al revés.»

—Cómo es eso, preguntó el rey sonriendo con cierta curiosidad.

—En la Pasión, respondió el labriego, muere uno por todos y aquí morimos todos por uno.

*
* *

Las menores cosas adquieren grande importancia cuando son objeto de una demanda.

Todo sentimiento puro ha de estar emancipado del egoismo.

*
* *

La Cámara de representantes de la Carolina del Norte ha expulsado de su seno por 46 votos contra 34 al diputado por el distrito de Warren M. J. W. Thorue, autor de un folleto en el cual confiesa que no cree en la existencia de Dios.

*
* *

CHARADA.

Prima y segunda la tienes
en tu casa y en la mía,
y lo hace tu cocinera
casi siempre cuando guisa;
tercia y cuarta no es completa;
cuatro y dos es muy marítima;
dos y cuatro pegajosa;
tercia y una muy pacífica.
No puedo ser más estenso
que me voy á *cuarta y prima*
pues hace tiempo me están
aguardando unas amigas.
Es el *todo*, entre otras cosas,
una ciudad muy antigua
un general muy bizarro
y un rico capitalista.
Si no la aciertas, lectora,
no es por falta de noticias,
es la charada más fácil
que yo he compuesto en mi vida.

(La solución en el número próximo.)

Solución á la Charada del número anterior.

CAMAROTE.

Han remitido la solución la Señorita D.^a Adelaida Rivero de Perinat, (quien también la remitió á la del número 10, no habiéndola insertado por estar ya tirado el número 11); y doña Carolina Gargallo de Villaseñor, (suscriptoras de Madrid); los Sres. D. Juan Gonzalez Rios; D. Angel Barrinco, (también de Madrid); D.^a Filomena Arquiaga (Cádiz); D. Frutos Gonzalez, (Barcelona); D.^a M. M. del C. (Real sitio de San Ildefonso) y D. Miguel del Castillo, (Pozuelo de Alarcón).

*
* *